

Fernando Poyatos

Estuve enfermo y me visitasteis

Testimonio de Pastoral Sanitaria

Centre de Pastoral
Litúrgica

Fernando Poyatos

**“ESTUVE ENFERMO
Y ME VISITASTEIS”**

Testimonio de Pastoral Sanitaria

Dossiers CPL, 94
Centre de Pastoral Litúrgica
Barcelona

¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
Padre de las misericordias y Dios de toda consolación,
que nos consuela en todas nuestras tribulaciones
para que podamos consolar
a los que están en cualquier tribulación! (2 Corintios 1,3-4)

Honra al médico como se merece [...] cuando estés enfermo [...] ruega al Señor y él te sanará [...] y llama al médico [...]. (*Sirácida o Eclesiástico 38,1,9,12*)

Los que visitan a los enfermos *deben* transmitir la esperanza. Cuando uno tiene en sí mismo la vida de Jesucristo, puede ver esperanza aun en las situaciones más imposibles. Dios es un Dios de lo imposible. (Dr. Wm. S. Reed, *Healing the Whole Man: Mind, Body, Spirit*, 158)

La enfermedad puede ser la ocasión solemne de la intervención de Dios en la vida de una persona. (Dr. Paul Tournier, *The Healing of Persons*, 198)

Empezamos imaginando que les estamos dando a ellos; terminamos por darnos cuenta de que ellos nos han enriquecido a nosotros. (*Homilía de Juan Pablo II*, Londres, 1982)

Los enfermos fueron pieza clave en el anuncio del Reino que constituyó la misión de Jesús. ¿Lo son hoy en las comunidades de Jesús? (*Labor Hospitalaria*, 215/1, 1990,10)

SUMARIO

Introducción	11
Capítulo 1. Los enfermos, hermanos y hermanas en Cristo, y nosotros	
La importancia de la pastoral sanitaria: samaritanos y obreros del reino de Dios	13
Recibiendo al dar: crecimiento a través del ministerio de pas- toral sanitaria	15
“No estás lejos del reino de Dios”	16
La búsqueda de la santidad en la pastoral de enfermos y nues- tra actitud en el mundo	17
El sufrimiento: enfrentados con el misterio más antiguo	18
“Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre”	20
Atender a toda la persona: cuerpo-mente-espíritu	22
El agente de pastoral sanitaria, promotor de la medicina y la oración	23
Capítulo 2. Relación y evangelización	
Los enfermos, Dios y nosotros: cuatro principios	25
“Si tenéis favoritismos, cometéis un pecado”	27
Pastoral sanitaria y evangelización	28
Pacientes problemáticos y discutidores	32
Cuando un “No, gracias” es sólo un “No” a medias	34
Capítulo 3. Aspectos no verbales de la pastoral sanitaria	
El entorno y la gente	37
Cómo decimos lo que decimos	39

Gestos, maneras, posturas	43
Comunicando con el silencio, no temiéndolo.....	44
Distancia interpersonal y contacto físico	45
El tiempo del enfermo y nuestro tiempo	47

Capítulo 4. La oración y la Biblia en la pastoral sanitaria

Nuestro tiempo de oración.....	49
Cuando no nos sentimos con ganas de visitar	50
Orando antes de visitar	51
Orando con el enfermo: aspectos verbales y no verbales.....	52
Nuestra lectura personal de la Biblia.....	54
Nuestro ministerio con la Biblia y basado en la Biblia	55
El ayuno como complemento bíblico a la oración	59
Pastoral de enfermos y consejo no profesional	60

Capítulo 5. El ministerio sacramental en la pastoral sanitaria

La Comunión: nuestra maravilla como ministros de la Eucaristía y la reeducación de los fieles	65
La oración antes de la Comunión	69
Después de la Comunión: actitudes y problemas	70
La Unción de enfermos: sacramento y sacramental	71
El sacramento de Reconciliación y la confesión no sacramental	73

Capítulo 6. Nuestro encuentro con los problemas:

físicos y espirituales

“Nunca he rezado”	77
¿Por qué hay tanto sufrimiento sin sentido en el mundo?	78
Desesperanza de sí mismo	84
“Yo digo que tiene que haber Algo”	85
Pérdida de fe	86
Alejamiento de la Iglesia	87
Resentidos contra Dios por su enfermedad	88
Falta de perdón	90

Capítulo 7. Con Jesús por el hospital

Tristeza, ansiedad y desaliento	95
Miedo	97
“Soy demasiado viejo, ¿qué hago en este mundo?”	98
Visitando en Psiquiatría	100
La visita en Cuidados Intensivos	101
El enfermo que está de duelo	104
La visita en Maternidad	105
La visita en Pediatría	106
Enfermedad terminal y muerte inminente	107
¿Orar por sanación?	109

Capítulo 8. Orando con nuestros hermanos y hermanos

Nuestros propios hábitos de oración	115
La oración de alabanza	116
La oración de gracias	118
La oración de aceptación y de gracias por la voluntad de Dios	119
La oración de confianza, abandono y esperanza	121
La oración ofreciendo nuestro sufrimiento	125
La oración por la tristeza, la ansiedad, el miedo y el desaliento	127
La oración para perdonar	130
La oración de intercesión: por el enfermo y por otros	131
La oración conscientes del año litúrgico	133
Ecumenismo en el hospital: promoviendo la unión del Cuerpo de Cristo	136

Índice	145
--------------	-----

Capítulo 5

EL MINISTERIO SACRAMENTAL EN LA PASTORAL SANITARIA

*Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros;
haced esto en recuerdo mío (Lc 22,19)*

La Comunión: nuestra maravilla como ministros de la Eucaristía y la reeducación de los fieles

La Iglesia primitiva consideraba la Eucaristía como el sacramento ordinario de sanación, puesto que nuestro Señor Jesucristo se hace uno con nosotros de modo que podemos decir: «es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20). A través de la Eucaristía él quiere ser uno con nosotros, física y espiritualmente. Sobre el valor de la Comunión como fuente de fuerza para quienes sufren tenemos las palabras del propio Jesús en sus revelaciones privadas a santa Faustina Kowalska:

has de saber que la fuerza que tienes dentro de ti para soportar los sufrimientos la debes a la frecuente Santa Comunión; pues ven a menudo a esta fuente de la misericordia y con el recipiente de la confianza recoge cualquier cosa que necesites.¹

Cuánto mejor podríamos beneficiarnos de este maravilloso misterio si recibiéramos siempre el cuerpo de Cristo como debemos, hasta esperando la sanación de nuestras enfermedades de cuerpo, mente y espíritu. El *Catecismo*, refiriéndose al mandato de Jesús, «Curad a los enfermos» (Mt 10,8), nos asegura:

1. *Diario*, 1487

la presencia vivificante de Cristo, médico de las almas y de los cuerpos [...] actúa [...] de manera especial por la Eucaristía, pan que da la vida eterna (cf. Jn 6,54, 58) y cuya conexión con la salud corporal insinúa san Pablo (CCE 1509).

Por eso Tomás de Kempis, el famoso sacerdote holandés del siglo XV, nos dice que

Tanta es a veces esta gracia, que de la abundancia de devoción que da, no sólo el ánima, mas aun el cuerpo flaco siente haber recibido fuerzas mayores.²

En su *Camino de Perfección*, una de las obras místicas de santa Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia, relata cuántas veces se veía libre del dolor físico nada más recibir «este santísimo Pan» (XXXIV, 6), pues, como escribe ella:

Pues si cuando andaba en el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe, y nos dará lo que le pidiéramos, pues está en nuestra casa? (XXXIV.8) [...] no perdáis tan buena sazón de negociar, como es la hora después de haber comulgado (XXXIV.10).³

En nuestros días, la monja irlandesa Briege McKenna, muy llena del Espíritu (a quien tuve ocasión de conocer en un seminario sobre sanación en 1978), escribiendo sobre la Eucaristía relata algunos sorprendentes milagros presenciados por ella durante la Misa.⁴ A menudo, cuando doy la Comunión hago hincapié en las palabras «[...] y mi alma sanará» o «sanaré». ¡Qué gran instrumento de amor y compasión es este en la pastoral de enfermos, junto con la Palabra de Dios!

El primer día que llevaba mi píxide con las formas consagradas, me sentía como alguien muy especial por el gran privilegio de llevar el cuerpo de Jesús como lo llevan sus sacerdotes. Y me venían a la mente las palabras del gran san Francisco de Asís, del siglo XIII, en sus *Admoniciones*, sobre la presencia real de Jesús en el Santísimo Sacramento:

2. Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo* (trad. de Fray Luis de Granada), Madrid, Aguilar, 1989, IV, I; Madrid, San Pablo, 1996, IV.I.11.

3. *Vida de Santa Teresa de Jesús escrita por ella misma*. En Obras de Santa Teresa, ed. de Santa Teresa, C.D, Burgos, El Monte Carmelo, 1922.

4. *Miracles Do Happen* (Los milagros sí que ocurren), págs. 55-68, Ann Arbor, Servant Books, 1987.

Diariamente se humilla [...] desciende del seno del Padre al altar en manos del sacerdote. Y como se mostró a los santos apóstoles en carne verdadera, así también ahora se nos muestra a nosotros en el pan consagrado [...] con la vista corporal veían solamente su carne, pero con los ojos que contemplan espiritualmente creían que Él era Dios, así también nosotros, al ver [...] el pan y el vino, veamos y creamos firmemente que es su santísimo cuerpo y sangre vivo y verdadero. Y de esta manera está siempre el Señor con sus fieles, como él mismo dice: Ved que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (cf. Mt 28,20).⁵

En su *Vida*, santa Teresa, que recibía frecuentes visiones de Jesús, nos dice cómo se sentía al haberle recibido en la Comunión:

Cuando yo me llegaba a comulgar, y me acordaba de aquella majestad grandísima que había visto, y miraba que era el que estaba en el Santísimo Sacramento, y muchas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia, los cabellos se me espeluznaban y toda parecía me aniquilaba. ¡Oh Señor mío! (XXXVIII.19).⁶

Un siglo después, santa Margarita María Alacoque escribía sobre cómo ansiaba hacerse religiosa para poder comulgar más a menudo, y cómo se sentía antes y después de la Comunión (lo que ciertamente nos hace examinar lo que hacemos nosotros antes y después de recibir a Jesús):

Las vísperas de la comunión sentíame abismada en tan profundo silencio, que ni hablar podía, sino violentándome, a causa de la grandeza de la acción que debía ejecutar, y cuando ya había comulgado, ni siquiera beber, ni comer, ni ver, ni hablar: ¡tan grandes eran la consolación y la paz de que gozaba!⁷

Por la relación que establecemos con nuestros pacientes cuando les llevamos la Comunión, podremos medir nuestra propia relación con Dios, pues en esta tarea tan única, que realizamos en su servicio, respondemos al mandamiento «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19,18), confirmado por Jesús (Mt 2,39).

5. «Admoniciones», 1.16-22. En *San Francisco de Asís. Escritos, Biografías, Documentos de la época* (ed. de J.A. Guerra), págs. 77-78, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1958.

6. *Vida*, XXXVIII,19.

7. *Autobiografía de Santa Margarita María Alacoque* (trad. A. Sánchez Teruel, S.I.) Sevilla, Apostolado Mariano.

No debemos ofrecer el cuerpo de nuestro Señor indiscriminadamente. Asegurémonos primero de que los enfermos son católicos practicantes que se sienten dispuestos a recibir la Comunión. A veces les indico que, si quieren, puede ir un sacerdote, por el cual algunos podrían volver a los sacramentos, y quizá también a la Iglesia. Pero sobre todo, no vendamos barato el cuerpo de Cristo. La experiencia nos enseña a detectar la manera como algunos reciben la Comunión, como sin darle importancia. Por regla general, si encontramos a una persona mirando algo en la televisión que realmente distrae (en el sentido moral de la palabra) o es claramente ofensivo, o está comiendo, es mejor llevarles la Eucaristía en otra ocasión, aunque nos la hubieran pedido, pues sería dar el cuerpo de Cristo en circunstancias totalmente inapropiadas.

Una vez encontré a un hombre que nos había pedido la Comunión, en una silla de ruedas y en mitad de su desayuno, mientras miraba absorto la televisión. Me dijo, sin dejar de mirar la pantalla, que sí, que la recibiría en cuanto tragara lo que tenía en la boca. Sin demostrar mi dolor ante su ignorancia, le expliqué que no me parecía el mejor momento para darle la Comunión, lo que pareció comprender fácilmente, pero, como no quería dejarle así, aceptó agradecido que le impusiera las manos y orara por él unos momentos, después de lo cual le sugerí a un sacerdote que tal vez debería hablar con él.

La increíble familiaridad con que podemos acercarnos a la Eucaristía, unida a nuestra propia inmadurez espiritual, puede convertir ese acto sagrado en una tibia rutina dominical o incluso diaria, y, como dice Kempis:

No vamos con vivo fervor a recibir a Cristo [...] ¡Oh ceguera y dureza del corazón humano, que tan poco mira a tan inefable don, antes de la mucha frecuentación ha venido a mirar menos en él!⁸

Debemos aconsejar a los enfermos que traten de evitar demasiada distracción de visitas, lecturas o televisión cuando saben que estamos a punto de llegar y que traten de recogerse y prepararse un poco, como debemos hacer en la iglesia. Dándome cuenta de mi responsabilidad como portador y ministro de la Eucaristía, yo trato, con discreción, de identificar

8. *Imitación de Cristo*, IV, I (IV.I.12 en otras ediciones).

las revistas o novelas que lee el enfermo y me fijo en los programas de televisión que está viendo.

A veces no puedo menos de hacer alguna observación, más en serio que en broma, y siempre según la persona, sobre lo inapropiado que son ciertos materiales de lectura o algunos programas cuando se está enfermo, ya que debemos desear más que nunca estar en los brazos de nuestro Salvador y Sanador y hasta recibir su cuerpo en la Comunión. Muchas anécdotas podría contar acerca de este tipo de situación, y debo añadir que nunca dejaban de reconocer –aunque fuera riéndose– que tenía al menos ‘cierta razón’ en mis observaciones u objeciones.

La oración antes de la Comunión

Como ministros extraordinarios de la Eucaristía tenemos la responsabilidad de ayudar a quienes visitamos a darse cuenta de que «debemos *prepararnos* para este momento tan grande y santo» (CCC 1385). El hecho de que, desgraciadamente, veamos tanta indiferente familiaridad hacia la Comunión en la iglesia no quiere decir que debamos descuidar el ayudar a nuestros pacientes (como en las parroquias debería hacerse como necesaria reeducación de los fieles) a reconocer que «Recibir la Eucaristía en la [«Santa», ed. inglesa] Comunión da como fruto principal la unión íntima [«o comunicación», ed. inglesa] con Cristo Jesús» (CCC 1391).

Por eso dice santa Faustina: «El momento más solemne de mi vida es cuando recibo la Santa Comunión. Anhele cada santa Comunión y doy gracias a la Santísima Trinidad por cada santa Comunión». De hecho, Jesús le reveló:

Pero quiero decirte que la vida eterna debe empezar ya aquí en la tierra a través de la Santa Comunión. Cada Santa Comunión te hace más capaz de comunicar con Dios por toda la eternidad.⁹

Y santa Teresa nos cuenta cómo el Señor la bendecía abundantemente con visiones después de la Comunión. A menudo, con ciertos pacientes, incluyo algo así en mi oración antes de comulgar:

Señor Jesús, te damos gracias por el gran regalo que nos haces en nuestra Iglesia de poder recibir tu cuerpo, el mismo cuerpo que murió en la cruz por

9. *Diario*, 1804, 1811

cada uno de nosotros. Te pedimos, Espíritu Santo, que nos hagas darnos cuenta de que estamos recibiendo a Jesús, nuestro Señor, en nuestro cuerpo. Haznos cada vez más conscientes de este misterio tan maravilloso, que podemos recibir tu cuerpo, Jesús, con el asombro y reverencia y gratitud que tú te mereces, Te damos gracias, Padre, por habernos dado a tu Hijo Jesús por tu gran amor por cada uno de nosotros. Te damos gracias, Jesús, por permitirnos recibirte.

También me gusta preceder las palabras «Este es el Cordero de Dios...» con «Este es Jesús...» o «Esto es el cuerpo y sangre de Jesús...». Hace unos años vi celebrar misa al párroco de un pueblo de nuestra provincia canadiense de New Brunswick, y lo hacía con verdadero fervor y predicaba «como quien tiene autoridad» (Mt 7,29). Decía las últimas palabras del ritual que he mencionado, y cuando luego le hablé, me dijo con el rostro radiante: «¡Estoy enamorado de la Eucaristía!». ¿No es nuestra misión, la de cada ministro de la Eucaristía y la de cada sacerdote, propagar este amor a Jesús y al maravilloso misterio de la Eucaristía?

Después de la Comunión: actitudes y problemas

Santa Teresa de Jesús aconseja para después de recibir la Comunión: «procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma, y miraros al corazón».¹⁰ Y Tomás de Kempis dice:

Conviene que te aparejes a la devoción, no sólo antes de la comunión, sino después, y que te conserves con cuidado en ella, después de recibido el santísimo sacramento [...] Guárdate de hablar mucho, y recógete a algún lugar secreto, y goza de tu Dios, pues tienes al que todo el mundo no te puede quitar.¹¹

Para fomentar la debida reverencia cuando los enfermos se encuentran recibiendo la Comunión en un ambiente que no es el más familiar de su iglesia, encuentro muy útil quedarme en silencio y con los ojos cerrados durante un par de minutos para evitar establecer cualquier canal de comunicación. A veces alabo y doy gracias a Jesús audiblemente por la recepción de su cuerpo, y algunos pacientes no dudan en secundarme.

10. *Camino de Perfección. Obras de Santa Teresa*, ed. de Santa Teresa, C.D, Burgos, El Monte Carmelo, 1922, XXXIV.12.

11. *Imitación de Cristo*, I, XII (IV.I.12).

Algunas veces, en este momento tan especial, repito cualquier punto importante que hayamos podido mencionar en la oración, como la inminente operación, el dolor que les aqueja o su restablecimiento.

A algunos agentes de pastoral, tras un breve momento, tal vez les guste leer una oración o un pasaje apropiado de las Escrituras. A menudo, cuando me preparo para dar la Comunión, les indico que me marcharé inmediatamente después «para dejarles con el Señor». Con esto, naturalmente, pretendo sugerir ese momento de recogimiento durante el cual deben evitar volver enseguida a su lectura, a la televisión o a su conversación con el otro paciente o con una visita, los cuales tal vez hayan recibido también la Comunión.

Desgraciadamente, en cuanto a volver inmediatamente a lo que estuvieran haciendo antes, podría contar muchos casos de tales actitudes, que muchas veces me han causado gran dolor al ver la falta total de reverencia y respeto hacia la presencia de Jesús en la Eucaristía, a su vez reflejo de la actitud de muchos en la misma iglesia.

La Unción de enfermos: sacramento y sacramental

Quisiera mencionar la Unción de los enfermos porque muchos todavía conservan el concepto pre-Vaticano II de la ‘Extrema Unción’ o ‘Últimos Ritos,’ términos ominosos que evocaban –y aún es así para muchas personas mayores– la muerte inminente y hacían ver al sacerdote como el mensajero de la muerte.

Sin embargo, la Unción de enfermos fue restaurada por el Concilio Vaticano II como el verdadero sacramento de sanación, para ser administrado no sólo a quienes «se encuentran en los últimos momentos de su vida. Por tanto, el tiempo oportuno para recibirlo comienza cuando el cristiano ya empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez»,¹² orando

12. «Constitución sobre la sagrada liturgia» n. 73. Véase también el *Ritual de la Unción y de la Pastoral de Enfermos* (Editores Reunidos, 1979), libro oficial de la Iglesia, adaptado a España, con los Prenotandos oficiales de Roma y las Orientaciones del Episcopado

concretamente por el restablecimiento de la persona, tal como lo instituyó Jesús cuando envió por primera vez a sus apóstoles y «les dio poder sobre los espíritus impuros [...] Y [ellos] ungiendo con óleo a muchos enfermos los curaban» (Mc 6,7, 13). Desde el mismo principio de la Iglesia fue parte del ministerio de sanación y el apóstol Santiago instaba a los enfermos a acudir a los presbíteros de la Iglesia: «que oren sobre él y le unjan con óleo en nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo» (St 5,14-15).

Tengamos en cuenta los agentes de pastoral que no debemos limitarnos a quienes pidan la Unción de enfermos, pues tampoco muchos enfermos saben pedir al médico el tratamiento que necesitan y sin embargo el médico se lo ofrece, se lo explica y se lo administra. Es más, el Catecismo nos dice bien claramente que «es deber de los pastores instruir a los fieles sobre los beneficios de este sacramento» (lo cual compete igualmente a los laicos de pastoral, en contacto más frecuente con los enfermos), añadiendo que «los fieles deben animar a los enfermos a llamar al sacerdote para recibir este sacramento» (CCE 1516).

Por eso debemos hablarles para que sepan exactamente lo que reciben en este sacramento, por qué y cómo, y describirles las partes más importantes del ritual: imposición de las manos sobre la persona enferma, oración por ella y su unción con el aceite bendecido.

Bárbara Shlemon dimitió como enfermera psiquiátrica a mediados de los años 60 y se dedicó al ministerio de intercesión precisamente después de haber visto a una paciente de cáncer moribunda, por cuya sanación había pedido, recuperarse literalmente de la noche a la mañana tras recibir el sacramento de los enfermos.¹³

Recordemos que cuando el Jueves Santo el obispo consagra este

español. Conviene que todo equipo de Pastoral conozca asimismo la segunda parte del libro *Los enfermos terminales, La Unción de los Enfermos* (Barcelona, Centro de Pastoral Litúrgica, 2001).

13. Barbara Shlemon, *Healing Prayer* (Oración de sanación), págs 13-16, Notre Dame, Indiana, Ave Maria Press 1976.

aceite de oliva (con el que se unge al enfermo en la frente y en las manos), dice:

Señor Dios, Padre de todo consuelo, que has querido sanar las dolencias de los enfermos por medio de tu Hijo [...] derrama desde el cielo tu Espíritu Santo Paráclito sobre este óleo [...] para que [...] sientan en cuerpo y alma tu divina protección y experimenten alivio en sus enfermedades y dolores.¹²

Y Dios siempre honra este sacramento según su voluntad, tanto para resultados físicos como espirituales.

Pero existe a la vez la unción no sacramental de una persona enferma con aceite bendecido por un sacerdote, no necesariamente un obispo (véase lo que dice el Catecismo sobre los sacramentales [1668-1671]). Aunque yo personalmente no solía hacerlo en Canadá, conozco concretamente a sacerdotes, religiosas y agentes laicos de pastoral de muchos otros lugares, incluyendo otros países, que –siempre como complemento a la oración– ungían con aceite (haciendo la señal de la cruz en la frente y manos del enfermo) cuando rezaban por sus enfermos; naturalmente después de explicarles, si era preciso, la diferencia entre el sacramento y el sacramental, y nunca indiscriminadamente y de manera rutinaria.

El sacramento de Reconciliación y la confesión no sacramental

La Iglesia Católica Romana y las Iglesias Ortodoxas conservan la Penitencia como sacramento. La Iglesia Anglicana permite la confesión no sacramental con un sacerdote, mientras que otras Iglesias creen en el acto personal de arrepentimiento y de reconciliación con Dios, bien en la oración privada o hablando con un hermano o hermana: «Confesaos, pues, mutuamente vuestros pecados y orad los unos por los otros» (St 5,16), «Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es él para perdonarnos los pecados» (1Jn 1,9).

14. *Misal Romano Completo: Texto Litúrgico Oficial*, vol. I. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1988.

Los agentes de pastoral católicos encontramos a veces a personas que, en el transcurso de nuestra conversación, empiezan a comunicarnos sus preocupaciones, su dolor interno y lo que ellos consideran pecados. No debemos en tales casos tratar de evitar este sincerarse tan espontáneo, sabiendo lo terapéutico que puede ser, sino intentar ayudarles con las palabras que cualquier Iglesia cristiana tendría para ellos. Es algo que considero un deber cristiano básico que, lo mismo que el tipo de orientación mencionada antes, puede llevar al católico a desear ver a un sacerdote para la confesión sacramental, una experiencia que en bastantes ocasiones he visto como el gozoso resultado de nuestra interacción.

En algunos casos encontramos a personas que han estado alejadas de la Iglesia durante algún tiempo y que tienden a cuestionar la confesión sacramental, diciéndonos que sus amigos no católicos no lo hacen y refiriéndose a palabras de la Biblia como las citadas más arriba y, por ejemplo, al salmo 32,5: «dije: “Me confesaré a Yahvé de mis rebeldías.” “Y absolviste mi culpa, perdonaste mi pecado», o la de los escribas en Mc 2,7, cuando Jesús le perdona los pecados al paralítico: «¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios sólo?».

Como católicos, no podemos simplemente evitar esta asunto una vez que ha surgido durante la visita. Yo trato de explicarles brevemente que la autoridad que tenía Jesús para perdonar los pecados como Hijo de Dios fue la que les dio a sus apóstoles cuando dijo a Pedro: «lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt 16,19); y que también dijo Jesús después de su resurrección: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedarán perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20,22-23).¹⁵

15. Véanse detalles muy interesantes sobre el desarrollo del Sacramento de Reconciliación en: Alan Shreck, *Catholic and Christian: An Explanation of Commonly Misunderstood Catholic Beliefs*, Ann Arbor, Servant Books, 1984, 137-140; Paul A. Feider, *The sacraments: Encountering With the Risen Lord*, Notre Dame, Ave Maria Press, 1986, Capítulo 4. Véase también el libro del P. Enric Moliné, *Los siete sacramentos*, Madrid, Rialp, 1998. Véase en general el *Catecismo de la Iglesia Católica* (1440-1470).

Algunos pacientes expresan el deseo de recibir la Comunión, pero tal vez añadiendo que llevan mucho tiempo alejados de la Iglesia. Yo les aconsejo que con mucho gusto les visitaría un sacerdote para la confesión y, para darles ánimo, les hablo del amor incondicional de Dios y suelo contarles cómo el hijo pródigo de la hermosa parábola sobre el arrepentimiento, la confesión y el perdón (Lc 15,11-31), cuando decide volver a su casa, ve que su padre ya le sale al encuentro con los brazos abiertos. ¡Qué alegría ver su gozo cuando se han reconciliado con Dios y con la Iglesia a través de los sacramentos de la Reconciliación y la Comunión! A menudo están de acuerdo conmigo cuando les pregunto: ‘¿A que ha valido la pena esta estancia en el hospital?’.
